

rie es empresa del todo imposible, sobre todo si se atiende a que, primero, el autor no ha seguido el orden cronológico de los sucesos de la vida de Aviraneta en la redacción de esos episodios y a que, segundo, algunos hechos de cierta importancia en esa vida no han sido conocidos por él, sino después de escritos muchos de los volúmenes de las *Memorias*.

Desde el punto de vista del estilo, este libro de Baroja, aun cuando no conserva toda la frescura que tienen los libros de su mejor época, es digno de su autor. Quiere esto decir, que se hallan en él todas las imperfecciones propias de su genio improvisador y que los mejores efectos son fruto del humor del momento, antes que producto de una alquimia retórica que proceda por recetas y por dosis. Así lo vemos decir:

Un vez subieron un macho cabrío con un cencerro al *balcón de una vieja* muy beata y muy enemiga de los aventinianos; otra noche taparon, escalando el tejado, el agujero de la *chimenea del alcalde* (pág. 30).

expresiones que mueven a risa puesto que no es posible hablar del *balcón de una vieja*, por muy beata que sea, ni de la *chimenea del alcalde*, so pena de que el lector reemplace la palabra *casa* en los sitios en que falta. Otro rasgo gracioso es el que nos muestra en la pág. 137, donde hace viajar a unos hombres intrépidos desde Burdeos (Francia), hasta el golfo de México, y para probarnos que no tiene idea de donde se halla el Ecuador ni qué representa él en el mundo, hace al buque

atravesar precisamente el Ecuador en un trayecto en que esa línea nada tiene que ver.

Dentro de la serie en que se enfila este libro de Baroja no son muchos los que muestren, como él, tal compenetración del carácter del héroe por el autor de las páginas destinadas a resucitarlo; menos son todavía los que bastan para saciar el deseo que el lector siente de conocer íntegramente los hechos del biografiado, desde el principio hasta el fin de su existencia. Pues bien, estos dos requisitos se cumplen por Baroja, y aunque su libro no esté a la altura de algunas de sus novelas de hace veinte o quince años, siempre su lectura habrá de parecer agradable y digna de ser cumplida por todos los que reconocen méritos al novelista vasco.

No; don Eugenio de Aviraneta no ha muerto a manos de Baroja; por lo contrario, si revisamos atentamente las *Memorias de un hombre de acción* y si leemos esta biografía de Aviraneta, entenderemos cuán profundo ha sido el amor de Baroja a este personaje sombrío. No se justifica de otro modo dedicar tanto tiempo, tanto entusiasmo, tanta dedicación y el aporte de todos sus dones literarios a la traducción literaria de las hazañas menudas de un héroe de segundo orden.—*R. Silva Castro*.

VIAJES

ITINERARIO DE LA INQUIETUD, por *Ricardo A. Latcham*.

El título está robado a Ricardo A. Latcham, uno de los escritores

más originales, valientes y cultos de Chile. *Itinerario de la Inquietud*, (1) señala el derrotero de un viajante ávido. La inquietud le conduce de Santiago a Buenos Aires, de Buenos Aires a Río de Janeiro, de Río al Africa, del Africa a España, luego a Francia, a Alemania, a Inglaterra. . .

Latcham llevó por medio mundo su curiosidad impenitente. Del viaje volvió con una biblioteca en diferentes idiomas y un emocionario esperantista. Se erizó de metáforas el estilo agresivo y alusivo. Metáforas todas ellas intelectuales. No metáforas de adentro, sino de afuera; visiones antes que emociones; ideas antes que sentimientos; gimnasia intelectual y verbal, con esa agudeza y puntería típicas del crítico implacable y certero. Resulta, así, el viaje un pretexto para ensayar sus dardos. En la primera página ya lanza un venablo contra Augusto d'Halmar, el cuentista chileno que durante mucho tiempo fué un oscuro empleado en un humilde puerto peruano—Pacasmayo—oteando vidas y aprendiendo a paladear el gris. El viaje está salpicado de rápidos y diestros floretazos. Más que un desfile de paisajes parece un desenvolvimiento de observaciones. El paisaje representa un triunfo de lo objetivo, sometiéndolo a lo íntimo. El observador—lo dice Ortega—supera lo contemplado, inmunizándose hasta cierto punto contra ello.

La inquietud viajera vuelve a estar en boga. El viaje, sin embargo, obedece a móviles distintos. En las colecciones de viajeros clásicos, los hay que se trasladan con ánimo

(1) Editorial Nascimento.—Santiago de Chile—1931.

captador. Hasta en los rótulos de sus andanzas se desprendían emanaciones capitosas: «*Naufragios*» de Cabeza de Vaca, o algunos de esos títulos evocadores del Gran Mogol o el Gran Kan. En el siglo XIX, los viajes asumieron un carácter turístico. Gautier y Byron infundieron a sus vagabunderías pintoresquismo y pasión. Pasión arqueológica guía los pasos de Taine, por Italia, de Queiroz, por Tierra Santa. Repetían, sin celeste empeño, los errabundeos de Cyrano. Pero, hoy, el viaje tiene un acento netamente político o literario.

El turista cae en descrédito después de la guerra. Su último triunfo estuvo en la gira por las regiones devastadas, y el último *camelado* fué don Leopoldo Lugones. Desde entonces, el viaje convida a expandir el ánimo. Morand puebla de exotismo y quintaesencias literarias sus vagares. Panait Istrati, de contenida protesta, disuelta luego en sollozos a la sordina. Geo Londres en acuciosidad periodística, pero siempre tendenciosa y social. Waldo Frank en intentos de interpretación sinfónica, cateo de pueblos. Barbusse, John Reed, Trotsky, grandes viajeros, en vehículo de propaganda.

Periclitaron los tiempos de Luis Barzini y el Duque de los Abruzos. Periclitaron las entrevistas de Soiza Reilly. En el periodismo reina un estilo nuevo, y la literatura de viajes huye de los preciosismos de Loti y Farrere, para convertirse en manifestación de dandysmo sumo, como en Morand; en bohemia trashumante y pasión implacable, como en

Cendrars, o en busca vehemente de justicia social, como en Frank, Barhusse, Hidalgo, Trotsky. Algo de esto último aparece en Latcham, pero en él prima el esteta intelectualista. Yo sé como es él de apasionado, pero un tipo de apasionado intelectual. Un raro *pathos* cerebral, y por consiguiente paradójico.

La inquietud viajera carece de itinerario. Se busca no ciudades sino almas, y más que almas, masas. Lo interesante para el viajero no es ya la catedral de Colonia, sino la condición del hombre en Colonia. En vez de la Giralda, nos obsede el sevillano. Y más que el flamenco, el sobrio catalán con sus problemas. Buscamos, buscamos algo que es preciso hallar en el mundo, y que se nos escapa de las manos apenas lo podemos acariciar trémulamente.

Pesquisadores de hombres y de pueblos, en desesperanzada empresa, el viajero olvida el cielo y el mar, meros comparsas de una tragedia suprema. Y una vez más, como antes, como en el Renacimiento, el hombre reocupa el puesto central del Universo. Nuestro antropocentrismo, carece, sin embargo, de ilusiones, y, a pesar del misticismo que a él nos lleva, sabemos de antemano las sorpresas y encrucijadas que nos aguardan en esta tremenda tarea de dar un itinerario a nuestra inquietud indómita.—*Luis Alberto Sánchez.*

NOVELA

«CUMBRES DE ESPANTO», por *C. F. Ramuz* (1).

Justo es agregar algo al margen de este libro valioso y de su au-

(1) Editorial Cénit, Madrid, 1930.

tor, tan tardíamente traducido al castellano.

Vive Ramuz la más frugal de las vidas en el cantón de Vaux. El valle y la montaña suizos no constituyen simples motivos para él, mantienen su razón de ser. Los campesinos valdenses poseen en el menos literato de sus literatos su expresión más fiel. Ramuz no sabe monologar ni refundir, ni cocinar; es pura expresión latente, regional. Escribe por necesidad, «no tanto de expresarse a sí propio cuanto a los seres, y sirviéndose de los seres, al ser simplemente, por medio de uno mismo». La tradición oral, que trae jugos naturales y calor de viejo moscatel, alienta su lenguaje, que es la transfusión total de su pueblo. Con mano de obra, con primor inclusive, un buen escritor logra semejante espontaneidad. Pero la paradoja se rompe en el autor de «Cumbres de espanto» y todo fluye verdaderamente. Ramuz es el cantón. Su emoción racial ha tenido un eco de gratitud en el corazón fresco de los suyos. No hace mucho, obtuvo el «Premio Romand»—400,000 francos—otorgado exprofeso por sus compatriotas y admiradores. Es lógica su singular influencia en la juventud proletaria francesa, tan positiva y sin fronteras.

Cada página de «Cumbres de espanto» atestigua y excava la solidaridad, el maridaje del hombre primordial con la naturaleza. Sus personajes son miméticos, cortados a pique. El medio ambiente, no el autor, los ubica y dirige. Hay momentos en que esta vida frugal tiene tanto vigor que Ramuz se anula